

The logo consists of the words "bam" and "bú" stacked vertically inside a white circle. The background of the entire image is a detailed painting of a woman with dark, curly hair, looking upwards and to the right. She is holding several paintbrushes in her right hand. Two bright yellow-orange frogs are perched on her: one on top of her head and another on her left shoulder. The lighting is dramatic, highlighting her face and the frogs against a dark, textured background.

bam
bú

El silencio de la rana

Miguel Sandín

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

© 2019, Miguel Martín Sandín, por el texto
© 2019, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Autor representado por IMC Agencia Literaria SL.

Ilustración de la cubierta: Beatriz Martín Vidal
Diseño de la colección: Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2019
ISBN: 978-84-8343-578-6
Depósito legal: B-1052-2019
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Recuerdos de infancia

Uno de los pensamientos más estimulantes para la mayoría de los adolescentes consiste en anticipar con la imaginación su decimoctavo cumpleaños, como si ese preciso momento en el que dejarán de ser solo hijos, primos y sobrinos para convertirse en personas a ojos de la ley marcarse la frontera entre un antes sometido a la voluntad de otros y un después liberador.

Clara no era una excepción, aunque tampoco sería justo decir que el asunto la tuviese obsesionada. Poder votar, pedir una cerveza o sacarse el carné de conducir eran más bien temas frecuentes en las conversaciones con los compañeros del instituto que una seria preocupación personal.

Hasta el día que los cumplió.

A costa de sus ahorros había estado celebrándolo con unos cuantos amigos en la bodeguilla del barrio y, al regresar a casa, encontró todas sus pertenencias organizadas con mucho esmero en el rellano de la escalera. Allí estaban dos male-

tas a punto de reventar, la mochila, su ordenador, el caballete, las pinturas, media docena de cuadros, sus patines y, coronando aquel baratillo con orgullo de alpinista, se encontraba Cuco, el oso panda de peluche con el que había dormido cada noche hasta hacía apenas un par de años.

Desde que había suspendido segundo de Bachillerato la relación con su madre no pasaba por su mejor momento, pero aquello le pareció una broma de muy mal gusto, así que pulsó el timbre con un enfado de nivel nueve en la escala de Clara Castillo.

–Mamá, ¿se puede saber qué es esto? –preguntó a la nariz de Teresa, que asomaba sobre la cadenilla de la puerta entreabierta.

–Tan tonta no puedes ser, ¿verdad? Son tus cosas.

–¿Y se puede saber qué hacen aquí?

–Supongo que esperar a que te las lleves. Estoy cansada de oírte decir que te deje en paz porque sabes lo que haces y, puesto que hoy has cumplido dieciocho años, la ley ya no me obliga a seguir oyéndolo. A partir de ahora vas a tener que demostrarlo.

–Pero mamá, esto es una... –solo acertó a decir sin encontrar el modo de terminar la frase.

–Mira, Clara, estoy reventada de doblar turnos en el hospital, hacer guardias de noche y fines de semana para que tú malgastes el tiempo y mi esfuerzo en las redes sociales, los amigos, los dibujitos, cuidar ese aspecto de bruja que te gastas o cualquier cosa que no sea cumplir con tu única obligación, que es estudiar... Así que he decidido que todo eso se acabó.

La puerta se cerró con suavidad ante la mirada atónita de la joven, que aún permaneció un buen rato sentada en los

escalones del tercer piso tratando de asimilar lo que acababa de sucederle. La posibilidad menos preocupante era que su madre estuviera dándole una lección, pero a medida que pasaban los minutos esa vaga esperanza desaparecía y su lugar empezaron a ocuparlo dos problemas. El primero, dónde dormir esa noche, y el segundo, no menos angustioso, cómo llevar hasta allí semejante cantidad de bártulos.

La opción más lógica era llamar a su padre, pero que se encontrase en la ciudad sería un milagro, y además se vería obligada a dar más explicaciones de las que le apetecía en aquel momento; tal vez mañana. La otra alternativa absurda pasaba por telefonar a Quique. Además de ser el más responsable de todos sus amigos tenía coche, y Clara había advertido las miradas que de vez en cuando le dirigía.

Han sido muchos los meses que he estado madurando la idea de escribir estas memorias. Me retenía la dificultad que una tarea de esta envergadura supone para alguien que nunca fue un hombre de letras, a pesar de los idiomas que me obligaron a aprender y de los libros que durante años me hicieron leer en contra de mi voluntad. Ahora que por fin he tomado la decisión, entiendo que lo más complicado de contar la propia vida es la obligación de ser siempre sincero, algo que, como ya se desvelará, resulta particularmente delicado en mi caso. Sin embargo, es un compromiso que he adquirido con mi conciencia antes de tomar la pluma, y por eso voy a vencer la tentación de comenzar por aquella tarde nefasta en la que fui obligado a abandonar la casa familiar, dejando allí, con lágrimas en los ojos, a mis padres, mis hermanos y mi abuela abrazados con desconsuelo mientras me veían partir.

Casi he llegado a olvidar que tuve un pasado anterior al día en el que la Guardia Real me secuestró, pues palabra más suave no encuentro para describir aquel suceso. Pero lo tuve. Nada menos que diecisiete años de pasado.

Vine al mundo en el año del Señor de 1684 con el nombre de Ignacio Feronte, hijo primogénito de Catalina Salmer y de Ignacio Feronte, quien a su vez era hijo de Ignacio Feronte y, al igual que él, también carpintero. Como es fácil suponer, yo mismo estaba llamado a serlo, y las primeras imágenes de mi infancia están repletas de clavos, martillos, leznas y serruchos, motivo por el cual tampoco faltan en aquellos recuerdos cortes, rasponazos y magulladuras de todo tipo. Estos accidentes se multiplicaron con la llegada de mi hermano Antonio, pues sabido es que veinte dedos hacen más daño que diez, y si ya las disputas entre hermanos adquieren en ocasiones inusitada violencia, qué añadir si ese monstruo puede ser alimentado con cinceles, tenazas y estacas de muy variado grosor y longitud.

A pesar de aquellos juegos un tanto asilvestrados, debo pensar que Antonio y yo nos queríamos, pues no recuerdo momento en que alguno de los dos se quejara ante padre de un moratón o una brecha, sino que antes bien nos culpábamos a nosotros mismos de torpeza en el manejo de alguna herramienta. Ni siquiera me delató el día que le lancé a la cara un cepillo de raspar, el cual entró por su boca al tiempo que dos dientes salían de ella. Otro tanto hice yo cuando una certera estocada de punzón amplió en un par de pulgadas la comisura de mis labios.

Algún tiempo más tarde nació mi hermano Juan, quien por indefenso recibió con frecuencia y no pocas lágrimas

las villanías conjuntas que Antonio y yo le dedicábamos. Por último, madre alumbró a la pequeña Marta, a quien entonces apenas tuve tiempo de ver cómo daba sus primeros pasos.

De padre recuerdo sobre todo su empeño en que aprendiéramos números. Una y otra vez nos repetía que un buen carpintero es aquel que sabe tomar las medidas exactas y no se deja engañar en las cuentas ni por la serrería ni por los clientes. Por este motivo, cada noche después de la cena nos hacía repetir la tabla de multiplicar y nos obligaba a realizar sumas, restas y divisiones con los mismos carbones que usábamos en el taller para marcar las líneas de corte. No era Ignacio Feronte hombre dado a perdonar errores, ya fuese en el trabajo o en las operaciones matemáticas, y cada descuido en una u otra tarea nos hacía merecedores de una ración de correazos equivalente a su gravedad.

Pensando en madre, lo primero que me viene a la mente es su colosal temperamento. Más eran de temer sus manos desnudas que el cinturón de padre cuando quería la circunstancia que fuese ella la encargada de aplicar justicia. Prueba de aquel tremendo carácter es que no solo atendía el hogar, un marido, cuatro hijos y una madre impedida. Además, si el plazo de una entrega se aproximaba y el encargo no estaba listo, sin desprenderse de su eterno delantal de flores subía al taller para poner clavos, serrar listones, encolar juntas o barnizar acabados con tanto empeño que su ánimo terminaba por contagiarnos a todos. A pesar de nuestra existencia humilde, nunca presencié que padre y ella discutieran o se faltasen al respeto, hecho al que la vida más tarde y de muy cruel manera me fue desacostumbrando.

Tanto, que hoy no logro encontrar a nadie de mi confianza a quien entregar estas memorias sin la sospecha de que serán destruidas de inmediato, y es necesario que, en un futuro día, salgan a la luz ciertos sucesos oscuros de la historia de nuestro reino que en ellas tengo intención de desvelar si mi salud, cada vez más delicada, me lo permite. Solo pido a Dios que el lector a cuyas manos lleguen sepa utilizar con prudencia la información que en ellas dejaré, y espero que me disculpe si estas páginas anteriores estuvieron más dedicadas a arrojar algo de luz sobre lo que una vez fui antes de perderme para siempre.

Ahora bien, quizá algunos de estos sucesos de mi infancia que he procurado narrar con toda la veracidad que mi memoria me permite ayuden a entender mejor mi conducta, no siempre noble, durante los siniestros acontecimientos en los que sin pretenderlo me vi más tarde envuelto. Quiero dejar bien claro que no busco el perdón, ¿cómo podría hacerlo si yo mismo soy incapaz de perdonarme? Tal vez, a lo sumo, un poco de comprensión. O de compasión, pues no pocas veces una cosa lleva aparejada la otra.

En este punto, el lector de las memorias dejó el manuscrito sobre la mesa. Sentía el pulso acelerado y aprovechó para tomar aire y servirse un vaso de agua antes de proseguir el relato.

Todo comenzó la mañana en la que un mensajero de la casa real se presentó en la villa y convocó a los habitantes en la plaza para informarles de que el nuevo rey, con el propósito de conocer mejor el país y a sus súbditos, realizaría en breve una visita. Por tal motivo cada ciudadano debía esmerarse en dejar su calle limpia y adornada para recibir a su majestad.

El jinete italiano

Cuando despertó, Clara era incapaz de recordar dónde se encontraba. Apenas había luz y por eso el desconcierto no venía de las formas ni los colores, sino de esos ruidos tan diferentes a los acostumbrados, del extraño tacto de las sábanas, y, sobre todo, de aquel maldito olor a gasolina. Entonces cayó en la cuenta de que estaba en el garaje de Quique y de que todas sus propiedades se encontraban repartidas entre el maletero y el asiento trasero del coche. Recordó también que él había venido a buscarla cuando su madre la dejó en la calle y que le ofreció dormir allí hasta que la situación se aclarase. El cuadro de su vida le resultó de pronto tan deprimente que volvió a cerrar los ojos.

No los abrió de nuevo hasta que sintió cómo unas manos la zarandeaban con delicadeza.

- Clara, ¿estás despierta? –preguntó Quique a su lado.
- Por desgracia. ¿Saben tus padres que estoy aquí?
- Sí, y me he llevado una buena bronca.

–Lo siento mucho, Quique, tú me ayudas y yo te meto en problemas. Me iré ahora mismo.

–No ha sido por eso –corrigió el joven meneando la cabeza–. Ha sido por dejarte en el garaje. Mi madre dice que tenía que haberte llevado a la habitación de mi hermana: hay dos camas porque a veces mi prima se queda a dormir.

–Qué majos, ¿no?

–Sí, bueno, a ratos... Supongo que como todos los padres. El gesto de Clara se torció en una mueca desdeñosa.

–Hoy mi madre no me parece maja precisamente.

–De un modo u otro esto terminará arreglándose, ¿no te parece? –preguntaban los ojos azules de Quique con batir de pestañas–. Anda, ven a casa y te aseas; nos esperan para desayunar.

–Debo tener un aspecto horrible, no sé qué va a pensar de mí tu familia.

–Me parece que ahora mismo ese es el último de tus problemas –dijo él mientras la ayudaba a incorporarse de la colchoneta hinchable–. Además, mi padre está trabajando.

La madre y la hermana de Quique fueron muy amables y tuvieron la delicadeza de evitar preguntas que pudieran incomodarla, aunque para Clara no pasó inadvertido el notable interés de la joven por los cuatro pendientes que se alineaban en su oreja izquierda.

–No hace falta que te diga que puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites –dijo la madre de Quique después de servirle un par de tostadas y una taza de café con leche.

–Muchas gracias, hoy intentaré localizar a mi padre.

–¿No vive en la ciudad?

–Tiene un piso en el centro, pero toca el contrabajo en una orquesta sinfónica y casi siempre está viajando.

Clara ayudó a recoger la mesa y luego, desde la habitación de Quique, marcó el número de su padre con muy poca confianza en que alguien respondiese; sin embargo, antes del tercer tono lo inesperado sucedió.

—¿Diga?

No fueron necesarias muchas explicaciones. Su madre y él habían hablado y estaba al corriente de lo sucedido.

—¿Vas a estar en casa todo el verano? —preguntó Clara.

—Tengo actuaciones por varias ciudades, así que estaré yendo y viniendo, pero por suerte este año no está previsto ningún concierto en el extranjero, así que puedes quedarte sin problema. Por cierto, ¿ahora dónde estás?

—Con un amigo.

—¿Quieres que pase a recogerte?

Apretando el auricular contra su pecho, Clara preguntó a Quique si podría llevarla y él asintió sin dudarle.

—No hace falta, papá, tengo las cosas en el coche de mi amigo. Él me acerca.

—Como quieras.

—Hasta ahora.

Con los brazos en cruz, Quique contemplaba a una Clara cabizbaja sentada en su cama.

—¿Ves? Ya te dije que de algún modo se iba a solucionar... ¿Qué pasa, no estás contenta?

—Digamos que la relación con mi padre nunca ha sido muy estrecha y no me apetece nada irme a vivir lejos de mis amigos.

—Piensa en las nuevas oportunidades. Quizá encuentres tiempo para pintar y preparar las asignaturas que te han quedado.

–Eres un encanto, Quique, pero si vuelves a hablar como mi madre te suelto el guantazo que me hubiera gustado darle a ella.

Ni los más ancianos recordaban que jamás un rey hubiese venido a la villa; por eso, la visita de su majestad Félix I fue un acontecimiento que nadie estaba dispuesto a perderse. Familias enteras de campesinos habían llegado también desde las pequeñas aldeas vecinas y aquella mañana las calles se encontraban atestadas de gente, todos ansiosos por encontrar la mejor posición para ver de cerca al joven monarca extranjero llamado a dirigir sus destinos.

Con bastante astucia y no pocos codazos, Antonio y yo conseguimos un puesto privilegiado en la calle Mayor, por donde estaba previsto que pasase la comitiva. Recuerdo que, por causa del calor sofocante y el racimo de cuerpos poco habituados a la higiene, se produjeron varios desvanecimientos que un vaso de agua curaba al instante, pues nadie se dejaba retirar de la posición ganada con tanto esfuerzo. A nuestro alrededor las mujeres mostraban entusiasmo ante un rey que, según se decía, además de joven era muy atractivo y, desde luego, mucho más inteligente que el anterior; los hombres, en cambio, no ocultaban en voz baja su recelo ante el hecho de ser gobernados por un extranjero.

La espera fue larga. El sol estaba en su apogeo cuando comenzaron a oírse las fanfarrias imperiales. Creo que nadie sabía muy bien qué esperar de la visita de un rey, tal vez que pasease por las calles y estrechara manos mientras iba preguntando por la historia de la ciudad o las necesidades de sus pobladores.

Pero nada de eso sucedió. Tras la banda desfiló la caballería, luego un puñado de infantes con el escudo de la nueva casa real y, pegada a sus talones, una carroza engalanada con sedas y una pedrería cuyos reflejos deslumbraban. En diversos puntos del recorrido, las cortinas interiores se entreabrían dejando ver una peluca, un sombrero, una mano enguantada que oscilaba de un lado a otro a manera de saludo.

La carroza ni siquiera se detuvo. Salió de la ciudad por el extremo opuesto al que había entrado en ella. Supongo que la jornada no hubiese tenido otro recuerdo que una broma de mal gusto para contar a las generaciones futuras de no ser porque uno de los jinetes que cerraba el cortejo me miró de pronto fijamente a la cara, detuvo el trote de su caballo y, sin desmontar, se dirigió al lugar donde mi hermano y yo nos encontrábamos.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho? —me preguntó.

—Ignacio Feronte, señor.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete, señor.

—¿Vives en esta ciudad?

—Sí, señor.

A modo de saludo se llevó la mano al casco antes de reincorporarse al séquito y yo me quedé allí, paralizado como un espantapájaros mientras Antonio me miraba con asombro y algunas manos caían contra mi espalda, como si me felicitasen por algún mérito que yo desconocía.

El sorprendente suceso volvió a merecer ya en casa todo tipo de interrogantes y comentarios. Hasta cinco veces tuvimos Antonio y yo que repetir cómo había ocurrido la escena, seis si contamos al vecino que se acercó a conocer de

primera mano si era cierto el rumor que corría por el barrio. Para madre el asunto estaba bien claro: su hijo era con diferencia el joven más apuesto de la ciudad y resultaba natural que llamase la atención. Padre, más práctico y menos dispuesto al elogio, consideraba probable que la nueva caballería real estuviese escasa de hombres y lo cierto es que el cazurro este (es decir, yo) tenía buena planta, de alguien la habría sacado.

Con las ocupaciones de la tarde en el taller y un par de emboscadas que Antonio y yo preparamos a Juan rematadas con sendos pescozones, el suceso de la mañana fue cayendo en el olvido, aunque en algún rincón de mi cabeza permanecía grabada a fuego la mirada de aquel jinete colmado de medallas. Que yo pudiese recordar, hasta entonces solo Hortensia, la hija del frutero, con la que poco tiempo antes había comenzado inocentes amoríos, me había mirado alguna vez de forma parecida.

Como fuese, pasado el orgullo por el protagonismo adquirido, el asunto me producía una enorme incomodidad y me esforcé cuanto pude en no volver a pensar en ello. Creo que lo conseguí hasta que en la puerta de la casa resonaron cuatro golpes como cuatro truenos.

Hay momentos en la vida de los que podemos recuperar sin esfuerzo hasta el más pequeño detalle, y en la mía aquel es uno de ellos. Acababa de ponerse el sol y por eso estábamos ya en la planta baja, aseándonos por turno en la palangana antes de la cena.

20

—¿Quién puede ser a estas horas? —preguntó madre.

Como si su duda hubiese sido oída desde el exterior, todos pudimos oír la respuesta con absoluta claridad.

–¡Abran a la Guardia Real!

Todas las miradas de la casa cayeron sobre mí antes de que padre se decidiese a obedecer lo que había sonado más como orden que como ruego.

El jinete de la mañana, al que de inmediato reconocí, entró en la cocina seguido por otros dos hombres también uniformados.

–¿Qué os parece? –preguntó dirigiéndose a sus acompañantes mientras me señalaba con la mano extendida.

–¡Es... increíble! –exclamó uno de ellos.

El otro asentía con la boca abierta sin apartar los ojos de mí.

–Disculpen que no me haya presentado, soy el duque Giuliano Manfredi, consejero personal de su majestad Félix I, y ellos son... mis asesores. ¿Es usted el padre de este joven llamado Ignacio Feronte?

–Lo soy, sí señor –replicó mi padre secándose las manos.

Hoy por hoy aún no tengo claro si las tenía húmedas por lavarse, por albergar bajo su humilde techo a un personaje tan ilustre o porque sospechaba ya que aquella visita no traía buenos presagios.

–¿Hay algún lugar más tranquilo donde podamos hablar?

Padre le condujo hasta el pequeño despacho donde atendía a los clientes y cerró la puerta. Madre me abrazaba, Antonio me hacía toda clase de muecas, Juan no apartaba sus ojos de las medallas que lucían los asesores y estos no apartaban sus ojos de mí. Entretanto, la abuela acunaba a la pequeña Marta, que en ningún momento había dejado de llorar.

Soy incapaz de determinar a ciencia cierta si transcurrieron algunos minutos o varias horas antes de que padre y el

duque salieran del despacho. Solo sé que a mí me parecieron siglos y que cuando regresaron la cara del duque lucía más satisfecha que la de mi padre, quien mostraba una serenidad capaz de convencer solo a quien no le conociese bien.

–He llegado a un acuerdo con su marido –anunció el jinete italiano dirigiéndose a madre–. Su hijo Ignacio ha sido elegido para formar parte del nuevo séquito real. Se trata de un honor que no está al alcance de cualquiera; por eso, hemos decidido que hoy mismo venga con nosotros.

–Pero... –trató de decir mi madre mientras padre meneaba la cabeza para indicar que toda protesta resultaría inútil–. ¿Para hacer qué? –preguntó, no obstante.

–De momento trabajará como carpintero en palacio, puesto que es lo que sabe hacer, pero ya le buscaremos un puesto más interesante.

–¿Y tiene que ser ahora? –insistió ella.

–Me temo que sí –respondió el noble con absoluta seguridad–. Mañana mismo partimos hacia la capital.

–Pero no ha cenado –dijo madre sin saber ya qué argumento encontrar para no perderme.

–No se preocupe, señora, que a partir de hoy nada ha de faltarle.

Puesto que los años me permitieron conocer muy bien al astuto y eficaz Giuliano Manfredi, creo que no mentía en aquel instante, es solo que no estimó digno de valor todo lo que precisamente a partir de aquel día habría de faltarme. Me refiero al cariño de la familia, la libertad o la compañía de la única mujer a la que amé.

Sin soltar las memorias, el lector apagó la luz de la lámpara y descorrió muy despacio las cortinas para espiar la ca-

lle. La noche parecía tranquila y fuera no se apreciaba nada extraño. Si se daba prisa, quizá tuviera tiempo de acabar la lectura antes de que llegasen.

Era mi vida de lo que se estaba hablando y mi opinión era por completo irrelevante. Tal vez por eso me decidí por fin a abrir la boca, siquiera fuese para manifestar mi presencia.

—¿Puedo al menos recoger mis cosas y despedirme de Hortensia?

—Nada de lo que aquí dejas va a serte ya necesario, muchacho.

Así es como el destino cambió mi futuro de un día para otro. Sin apenas tiempo, me despedí de los míos antes de abandonar para siempre la casa en la que había nacido, con la mano del jinete italiano sobre el cuello y repitiendo en voz baja, para darme ánimos, las últimas palabras que padre me había susurrado al oído durante nuestro último abrazo.

—Sé siempre honrado pero nunca estúpido, generoso pero nunca ridículo. Y aprovecha las ocasiones que el destino ponga en tus manos.

Camino de palacio

Clara no tenía la menor idea de lo que iba a decir su padre cuando al abrir la puerta encontrase todas aquellas cosas amontonadas junto al ascensor. Pero Javier no dijo nada, se limitó a contemplar aquel mercadillo con una sonrisa que tanto podía significar una cosa como la contraria. Quique, mientras tanto, sujetaba el caballete con cara de circunstancias.

–Hola, papá.

–Buenos días, Clara y compañía –dijo Javier adelantándose para colaborar en el transporte de cachivaches.

Una vez que las maletas, el ordenador, los patines, el caballete, los cuadros y utensilios de pintura quedaron desperdigados por el que sería el nuevo cuarto de Clara, Quique encontró una excusa para desaparecer y ella quedó a solas frente a la mirada miope de su padre.

–Bueno, solo conozco la versión de tu madre; ahora me gustaría oír la tuya –dijo él en un tono bastante amistoso mientras se recostaba en el sofá.

–Supongo que no elegí el mejor año para dejar los estudios, pero lo único que me apetecía era pintar, no te puedo decir otra cosa.

–Desde luego, el curso previo a la universidad no parece el más adecuado, pero no tengo yo mucha autoridad para criticarte por eso; ya sabes lo mal que se lo tomó el abuelo cuando abandoné Derecho para dedicarme por completo a la música.

–A ver si va a ser genético y la culpa la tienes tú –dijo Clara.

–Es posible –dijo Javier riendo con ganas.

Clara se dejó contagiar al descubrir que llevaba muchos días sin reír. Pensó en lo poco que en realidad conocía a su padre. Su madre y él se habían separado cuando ella tenía cinco años y desde entonces, por culpa de sus eternos viajes, apenas había pasado con él un par de navidades y algunas semanas sueltas en verano. De aquellos momentos recordaba que solían comer muy tarde y casi siempre platos precocinados, pero sobre ninguna otra cosa le venía a la memoria el zumbido incansable de las cuerdas del contrabajo resonando a cualquier hora. A Natalia, su hermana pequeña, aquel sonido la atemorizaba y, si se oía por la noche, saltaba a su cama para cubrirse la cabeza con la sábana.

Sin pensarlo demasiado, decidió aprovechar la ocasión.

–Quizá no viene muy a cuento, pero siempre me he preguntado por qué mamá y tú os divorciasteis. Aunque sois tan distintos que lo sorprendente de verdad es que llegarais a casaros.

Javier miró a su hija por encima de las gafas y se rascó la barbilla antes de responder.

–Si mantener una convivencia ya es difícil, resulta imposible con alguien a quien apenas ves. Yo pasaba tanto tiempo fuera de casa que llegamos a convertirnos en dos desconocidos, y con buen criterio tu madre decidió que para estar sola mejor estarlo del todo... Pero de eso hace ya demasiado tiempo. Hablemos de algo interesante, por ejemplo tu pintura, ya que has dejado de estudiar para dedicarte a ella.

Clara bajó la cabeza como si buscara las palabras en la alfombra.

–Tengo un problema con eso –dijo al fin.

–¿Qué problema?

–Cuando copio una imagen el resultado es magnífico, pero cuando intento crear yo misma nunca consigo plasmar lo que quiero y eso me desespera –respondió Clara, asombrada de la facilidad con la que había podido sacar de dentro aquella inquietud que le quitaba el sueño. Con su madre nunca podía hablar de eso.

–Eres demasiado joven para usar la palabra *desesperación*. Además, es posible que también se trate de un problema genético, porque, ahora que lo mencionas, yo no he compuesto todavía ninguna ópera –dijo Javier como si cayese en la cuenta en ese preciso instante.

–Eres muy gracioso, papá.

–Lo sé. Anda, enséñame alguno de esos cuadros que has traído.

Contemplando aquellos lienzos, Javier descubrió que su hija tenía razón en una cosa. Era una copista excelente. Las reproducciones de Tiziano, Rembrandt, Velázquez o el mismo Goya tenían tanta fuerza como el original.

–¿Qué me dices? –preguntó Clara arqueando una ceja.

–Son estupendos –diagnosticó Javier con absoluta convicción.

–Ya. Imagino que con un talento así al menos podré ganarme la vida como falsificadora.

–Un talento siempre es un talento, y de todos se puede sacar provecho si se sabe cómo.

En ese instante sonó el teléfono, pero Javier siguió de pie en la habitación con una copia de Rembrandt en la mano.

–Papá, están llamando.

–Sí, voy... Además, creo que aquí tienes tarea organizando todo esto.

–Eso me temo.

En contra de lo que esperaba, Clara se sentía bien. La conversación con su padre le había dejado una gran serenidad. Tanta, que en lugar de ordenar sus cosas se dejó caer sobre la cama con la mirada perdida en el techo. El contrabajo no tardó en poner banda sonora a los inciertos rumbos de su imaginación.

Al amparo de la noche, Manfredi y sus asesores me echaron una capa sobre los hombros, me pusieron en la cabeza el sombrero de uno de ellos y con mucha precaución para no ser vistos me condujeron hasta la calleja situada detrás de mi casa, donde aguardaba un carruaje con el cochero en el pescante.

En cuanto los cuatro estuvimos dentro se oyó el restallido de un látigo y los caballos se pusieron en marcha. Durante un largo rato ni el duque ni sus hombres dijeron una palabra. Por mi parte, apenas me atrevía a respirar, cuanto

menos a abrir la boca. En aquel silencio, me entretuve preguntándome las razones de tanto misterio por incorporar al séquito real a un tipo tan insignificante como yo, y no encontré respuesta alguna que me tranquilizase.

Por el tiempo transcurrido, calculé que estaríamos llegando a Viñarol cuando el noble tuvo a bien recordar que yo existía.

–Dime una cosa, muchacho, ¿sabes leer?

–No, señor –respondí, dándome cuenta de lo poco que me gustaba que se dirigiese a mí de ese modo.

–Bien –dijo él.

–Pero sé números, señor –añadí para no parecer el imbecil que desde luego era–. Conozco las cuatro reglas y la tabla de multiplicar.

–Algo es algo, ¿no os parece? –preguntó a sus hombres, y estos rieron de buen grado.

Sin duda debió ser en Viñarol donde el duque dio orden al cochero de que detuviese el carruaje y buscase una fonda donde conseguirme algo para cenar.

–No hace falta que se moleste, señor, no tengo hambre.

–Tu madre ha dicho que no has cenado y tengo que tenerlo en cuenta, ¿sabes por qué?

–No, señor.

–Porque a partir de ahora tu madre soy yo.

Mentiría como un bellaco si dijese que aquellas palabras me produjeron algún alivio.

El viaje duró cinco días, durante los cuales no llegué a tener trato con nadie más. El desayuno y la comida me eran servidos en el carruaje, siempre en compañía de uno de los dos asesores, que se turnaban en el oficio de no

dejarme solo. Otro tanto ocurría por las noches. No bien llegábamos a una hospedería, el duque y el cochero se adelantaban y unos minutos más tarde yo era conducido dentro por una puerta trasera; de no haberla, debía aguardar a que el hostel quedase vacío de clientes y, ya fuese acompañado por Tomás o por Santiago, cenaba antes de acostarme para repetir el día siguiente idéntica jornada. Aunque los dos asesores desempeñaban con el mismo celo su cometido de atenderme, o acaso de vigilarme (ni siquiera hoy me atrevería a asegurarlo con certeza), la compañía de Tomás me resultaba más grata que la del reconcentrado Santiago.

El lector se había preparado un café, que sorbía con mucho cuidado de que la taza no entrase nunca en contacto con aquellas antiguas y delicadas páginas. Un sonido de motor poniéndose en marcha lo sobresaltó, y sin desprenderse del manuscrito fue a ojear el exterior. Se trataba de una furgoneta de reparto, así que expulsó despacio el aire acumulado y sacudió la cabeza antes de volver a sumergirse en las memorias de Ignacio Feronte.

A pesar de que por sus maneras elegantes podía causar otra impresión, Tomás tenía pocos años más que yo, y a diferencia del que luego supe era su hermano, no mostraba inconveniente alguno en darme conversación. Cuando quedábamos a solas me preguntaba si había descansado o si las comidas eran de mi gusto, pero sobre todo hablaba con entusiasmo de la vida en la corte y de las grandes esperanzas que con el nuevo rey llegaban al imperio. Otra de las dudas que albergo es si lo hacía por convicción o para infundirme ánimos durante aquel viaje. Como fuese, yo es-

cuchaba sus discursos sobre política con la sensación de entender la mitad de lo que decía.

–El monarca anterior era un pelele en manos de su madre –me confesó–. Ahora van a cambiar muchas cosas, aunque todavía quedan algunas cuestiones pendientes de resolver.

–¿Ah, sí? –preguntaba yo.

–Algunas provincias del norte han vivido muy bien, consiguiendo grandes beneficios del gobierno y ofreciendo muy poco, me refiero a impuestos y hombres para mantener el ejército. De momento se resisten a aceptar a Félix como rey, pues temen que con él en el trono eso se acabe.

–¿Y será así? –intervenía yo fingiendo interés.

–Probablemente, amigo Ignacio, probablemente –respondió de manera enigmática.

Solo cuando yo trataba de averiguar qué se esperaba de mí en aquellos asuntos de los que nada entendía, Tomás se volvía discreto y pensaba cada palabra antes de decirla.

–Me consta que el duque tiene planes importantes para ti, pero para llevarlos a cabo como se espera necesitas una gran preparación –me confesó la última noche, cuando volví a insistir en la que era mi principal inquietud.

–Pero... ¿Por qué yo?

–Por tu cara bonita –replicó y comenzó a reírse como si hubiese dicho la frase más graciosa del mundo.

He de admitir que alguna madrugada, aprovechando el sueño de mi compañero de habitación, sentí la tentación de fugarme. Si no lo hice fue porque sabía que, de volver a casa, bien poco iba a ser el tiempo que les llevara encontrarme, y no tenía ningún otro lugar al que ir.

La llegada a palacio en nada tuvo que envidiar a la de cualquier posada del camino. Cubierto mi cuerpo por una capa y mi cabeza con un sombrero, Tomás y Santiago me guiaron a través de las caballerizas hasta la que durante muchos años habría de ser mi alcoba.

–Esperamos que sea de tu agrado –dijo Santiago abriendo la puerta de una habitación casi tan grande como el taller de padre.

Recuerdo que recorrí con la mirada la chimenea cargada de troncos, una cama pensada para una familia entera, una mesa de trabajo junto a una jofaina con agua y dos arcones pegados a la pared. Un ventanuco alto la iluminaba generosamente y, si bien no recuerdo mi cara, sin esfuerzo puedo imaginar mi gesto de pasmarote asombrado mientras preguntaba:

–¿Esto... es para mí?

–Por supuesto, muchacho –respondió Tomás, y advertí que en sus labios la palabra no sonaba ofensiva–. En los arcones encontrarás ropa limpia y calzado para que te encuentres más cómodo.

–Yo... no sé qué decir.

–Pues algo tendrás que pensar, porque en breve vendrán a preguntarte qué te apetece para la cena –dijo él–. Que pases buena noche. Mañana será otro día.

Salieron ambos y me dejaron a solas, y dediqué aquel tiempo a investigar el contenido de los arcones, en los que hallé un amplio surtido de camisas, jubones, babuchas, calzones e incluso un zurrón de cuero con jabón y agua de colonia. Más por salir de mi asombro que por necesidad, pues me había aseado en cada fonda como veía hacer a los

hombres ilustres, lavé mi cara y mi cuello en la jofaina con agua abundante. En aquella refrescante empresa me encontraba cuando llamaron a la puerta.

–Adelante –dije, después de pensar con calma qué debía decirse en tal circunstancia.

Un lacayo penetró en la habitación un par de pasos y se dirigió a mí doblando el cuerpo en una reverencia que yo le devolví con mucha educación, mostrando de este modo un absoluto desconocimiento del protocolo en palacio. Nada sorprendente teniendo en cuenta que por entonces yo ignoraba hasta el significado de aquella palabra. Como fuese, aquel anciano de nariz aguileña no alteró su gesto.

–¿Qué desea para la cena, señor? –preguntó, tal y como se me había informado.

–Pato asado con higos –respondí, pues desde que había probado aquel manjar en una de las posadas no podía quitarme su sabor de la cabeza.

–Muy bien, señor –dijo y abandonó la alcoba no sin darme una nueva reverencia.

Era la primera vez en mi vida que alguien se inclinaba ante mí o me llamaba señor. Dos veces. Venido a más por aquel tratamiento como el estúpido jovenzuelo que era, elegí de los arcones las prendas más vistosas y empecé a recorrer la estancia de un lado a otro imitando los sofisticados gestos que durante los últimos días había observado en mis acompañantes. Creo que incluso me atreví a dar un discurso político carente de todo sentido empleando las palabras más grandilocuentes que acerté a encontrar.

Nada dijo el sirviente cuando a su regreso me encontré vestido con semejante atuendo. Haciendo gala de la misma

discreción mostrada momentos antes, depositó la cazuela de pato en la mesa y se retiró con una nueva reverencia que en esta ocasión no le devolví, como si las prendas que llevaba me concediesen ese privilegio.

Después de cenar, y aburrido ya de comportarme como un aristócrata, traté de salir de la habitación. Había acumulado un buen puñado de excusas para justificar mi presencia dependiendo de con quién me cruzase; sin embargo, encontré la puerta cerrada por fuera. Cierto es que entonces aún era joven y analfabeto, pero del todo imbécil nunca me consideré, y por eso entendí el ventanal alto, los barrotes exteriores y que en los arcones no hubiese ni una casaca ni un mocasín, sino tan solo prendas de interior.

—¿Esto le parece normal, señor? —me pregunté para burlarme de mis ínfulas anteriores.

Con más preocupaciones que sueño, me tendí en aquella cama colosal y contemplé el techo con la mente ocupada en mil temores hasta que me quedé dormido.